

EL RETO DE LA SEXUALIDAD EN LA IGLESIA

■ Antonio Sánchez Antillón* ■

*No hay superación de la sexualidad así como no hay sexualidad cerrada sobre sí misma. Nadie se salva ni se pierde por completo.*¹

Después de la declaración que hizo el cardenal Bertone sobre la amalgama entre homosexualidad y pederastia, se generó una reacción en contra a nivel mundial. Ejemplo de ello fue la posición del vocero del gobierno francés, “quien recordó el ‘decidido compromiso’ de Francia en la ‘lucha contra las discriminaciones y los prejuicios vinculados a la orientación sexual y a la identidad de género’”.²

* Es Licenciado en Psicología por la Uia, Ciudad de México; maestro en Teoría Psicoanalítica por el Centro de Investigación en Estudios Psicoanalíticos (D.F.), y doctorante por la Universidad de Ciencias Sociales y Empresariales (UCES), Argentina. Tiene más de 18 años de práctica clínica. Es autor de varios artículos y del libro *Introducción al discursar ético en Psicoanálisis*, ITESO, 2009. Es docente de tiempo completo en el ITESO desde 1997. Actualmente funge como jefe del Departamento de Salud, Psicología y Comunidad.

1. Maurice Ponty-Merleau. *Fenomenología de la percepción*, México, FCE, 1957, p. 88.

2. *El País*, 14 de abril, 2010. Disponible en http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Francia/critica/Vaticano/relacionar/pedofilia/homosexualidad/elpepusoc/20100414elpepusoc_8/Tes

Esta declaración del cardenal Bertone no ha venido a aliviar la ya comprometida situación del Vaticano respecto a los encubrimientos históricos del comportamiento sexual de muchos sacerdotes. Otra fue la respuesta del actual Papa, quien por primera vez en la historia de la Iglesia ha pedido disculpas en su encuentro con un grupo de afectados de abuso sexual por clérigos, y ha llegado a declarar que no habrá tolerancia para los abusadores.³

El presente escrito no tiene por objeto criticar los posicionamientos clericales respecto a la situación del abuso sexual, sino aportar algunos elementos desde saberes como el psicoanálisis y la historia, para dimensionar la confusión que se suele tener cuando se parte de opiniones basadas en el sentido común o en preconcepciones científicas, como aquellas a las que aludió Bertone cuando afirmó que la homosexualidad y la pederastia van de la mano. También se hacen consideraciones críticas sobre el modo en que afronta la sexualidad una jerarquía eclesial que presume ideales de castidad y el celibato.

1. Apertura del campo: los ideales sexuales

Podemos pensar el tema de la pedofilia y la homosexualidad desde los ideales de las prácticas sexuales que una sociedad se impone respecto a lo permitido y no permitido. El nudo fundamental de la problematización está en aquilatar el papel que juega el tema de la sexualidad en el mundo occidental de hoy; este occidente que está impregnado de la cultura judeo-cristiana que estructura su reglamentación sexual, desde el siglo II, en su rechazo a la homosexualidad, la *mollities*⁴ y la prescripción del ideal del matrimonio procreador.⁵

3. Disponible en <http://albertomuller.net/noticias/benedicto-xvi-toma-partido-por-los-abusados>

4. *Mollities*: postura pasiva en el acto sexual sea homosexual o heterosexual.

5. Philippe Ariès. "San Pablo y los pecados de la carne", en Philippe Ariès *et al.* (dirs.). *Sexualidades occidentales*, México, Paidós, 1987.

La desestimación que se hizo de la sexualidad como un atributo fundamental del ser humano tuvo como referente el ideal monacal del celibato y la castidad. Aspectos que posteriormente fueron un requerimiento de todo presbítero y un ideal que se sobrepondría al matrimonio mismo. La tradición eremita de la Iglesia presentó un ideal de vida mayor que el matrimonio mismo: el celibato. Desde este ideal el uso de los placeres de afrodita quedó elidido.⁶

Si bien ésta fue la respuesta que dio la religiosidad cristiana, en otras culturas como la griega o la hindú la resolución sobre qué hacer con el impulso sexual fue distinta. Recordemos que en la Grecia clásica los filósofos, si bien proponían un ideal moral de templanza o de término medio en el uso de los placeres, y tuvieron la consideración del matrimonio como fuente de reproducción de la *polis*, no dejaron de lado la importancia que tiene, en la relación social, la sexual. Claro, con excepción de los estoicos, quienes también persiguieron como estado ideal la *apatheia*.⁷

Freud planteaba que había ciertos ideales que la sociedad de su época imponía respecto a las prácticas sexuales: la monogamia, la heterosexualidad y la concepción del placer sexual encaminado a la procreación.⁸ Tanto Foucault⁹ como Freud¹⁰ coinciden en que la gran diferencia entre los pensamientos griego y cristiano, sobre las prácticas sexuales, radica en que los segundos conceptualizaron sobre la univocidad del objeto sexual, mientras que la inquietud de los griegos apuntaba a un reconocimiento

-
6. Michel Foucault. "La lucha por la castidad", en Philippe Ariès *et al. Sexualidades Occidentales*, México, Paidós, 1987.
 7. Léase sin pasión, anulación de las pasiones.
 8. Sigmund Freud. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna", en *Obras completas*, AE, vol. 9, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
 9. Michel Foucault. *Historia de la sexualidad*, t. 2. "El uso de los placeres", México, Siglo XXI, 1992.
 10. Sigmund Freud. "Tres ensayos de teoría sexual", en *Obras completas*, AE, vol. 7. Buenos Aires, Amorrortu, 1989.

de la labilidad del apetito, el cual se ordena por tiempos y lugares para su uso, sin aspirar a la anulación del mismo o a la univocidad del objeto de deseo.

Reconocer la labilidad del deseo (o en términos freudianos de la pulsión), como veremos a continuación, permite entender que el imperativo social de ordenamiento de las conductas sexuales depende de los ideales de cada época.

2. La apertura a pensar de otro modo la concupiscencia (*lüsternheit*)

Frente a la visión judeo-cristiana de la sexualidad, la modernidad, y en mucho la teoría freudiana, produjo un impacto al darle ciudadanía a la sexualidad. Freud propondrá pensar bajo nuevos principios el tema de la sexualidad. El primero fue entenderla no sólo como las actividades y el placer propios del aparato genital, sino como una serie de excitaciones que producen placer y que son irreducibles al campo fisiológico.¹¹ El segundo aporte, derivado del anterior, implica que la expresión sexual inicia desde la más tierna infancia. El tercero incluye la teorización de lo que antiguamente se llamó apetito o concupiscencia, postulando el concepto de pulsión.¹² El término de pulsión será un concepto fundamental en el psicoanálisis, en cuanto que explica, desde una metáfora mecánica, que hay una cantidad de energía cuya meta es la descarga. La zona erógena donde se hace la descarga tiene, de entrada, un placer autoerótico.

11. Jean Laplanche y Jean Bertrand Pontalis. *Diccionario de Psicoanálisis*, España, Editorial Labor, 1993.

12. Pulsión: proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Sigmund Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin. *Ídem*.

Por ejemplo, la boca al mismo tiempo que es una fuente de excitación lo es también de la descarga. Freud sostiene que si bien la fuente erógena arranca en la necesidad guiada por la pulsión de autoconservación, más tarde se desligará de ella y será guiada por la pulsión sexual. En esto conviene con Agustín, quien dice que con el alimento entra la concupiscencia; si bien la razón de la comida y de la bebida es mantener la salud, ésta lleva consigo un compañero peligroso e inseparable: el deleite.¹³

Problematizar la sexualidad no sólo en el campo de la genitalidad fue un aporte freudiano que permite pensar que los afectos tiernos o las reacciones neuróticas desproporcionadas tienen también como eje el modo como el sujeto se las está habiendo con su deseo. Otro aporte fue reconocer que el niño también tiene impulso sexual, que muestra párvulamente en sus juegos de desnudez, y que ello evidencia de qué manera la pulsión sexual, igual que la pulsión de saber, implica un proceso de moldeamiento social sin que jamás se logre domesticar del todo tal empuje (aguijón). Freud evidenciará, en su análisis de la sexualidad infantil, que la vergüenza, el asco y el dolor son los primeros diques de la moralidad.¹⁴ Esta concepción permite apreciar que el campo de la pulsión, que no tiene objeto predeterminado y que busca la descarga, tiene un proceso de complejización cuando, gracias al reforzamiento de los imagos parentales, introyecta el lugar y el tipo de objeto sexual esperado (ideal), en los cuales se admite la liberación de la energía.¹⁵ Hay, pues, un avance enorme en la complejización humana cuando se pasa de la descarga en

13. Agustín de Hipona. *Las confesiones*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991, p. 429.

14. Sigmund Freud. "Tres ensayos de...", *op. cit.*

15. Cuando hablo de la introyección de los imagos parentales me refiero a la incorporación de ideales y normas sociales que usualmente incorpora el niño gracias a la relación de límite y ordenamiento moral que hacen los padres. En esta relación entre hijos y padres el temor a perder el cariño o al castigo es importante.

un objeto indiscriminado a cuando se hace en un objeto al que se le dan atributos deseables, allende la búsqueda del placer inmediato. Dos aspectos acompañan este proceso: uno, la capacidad de alteridad para reconocer en el otro no sólo un objeto, sino un otro como yo, hasta poder aceptar que es otro diferente a mí; dos, la transición de una indiscriminación en el sentir hasta la cualificación afectiva del sentimiento (el paso del narcisismo primario al secundario).

La condición primaria de la pulsión expresada en las conductas espontáneas que aparecen en el niño como “perverso polimorfo” permite recordar que a pesar del revestimiento cultural del impulso de vida, en todos los hombres está latente esa tendencia a la desligazón y la destrucción.

3. Homosexualidad no es perversión

Desde estos referentes teóricos y en miras de pensar la problemática de la pederastia y la homosexualidad, tendríamos que reconocer que hay una gran distancia entre estos dos conceptos.

Primero tenemos que decir que la amistad entre sujetos del mismo sexo implica, desde la apuesta freudiana, la sublimación de la pulsión homosexual. Poder elevar la meta de la descarga hacia procesos identificatorios es algo que no se da gratuitamente, pero que al lograrlo genera lazos de socialidad fuertes. Asimismo, el campo de la relación amorosa tiene como principio lo “homo”. Freud reconocerá que, en un primer momento de enamoramiento, tendemos a buscar lo otro como similar.¹⁶ No es sino en un segundo momento cuando el amante reconoce en el objeto, además de lo igual, atributos de diferencia e ideales que no posee y busca como amables, deseables.

16. Sigmund Freud. “El yo y el Ello”, en AE, vol. 19, 1989.

Hay al menos dos mecanismos que permiten construir lazos sociales: la sublimación y el reforzamiento de la represión que conlleva la búsqueda de ideales. La sublimación permite que el sujeto no recurra a la represión de sus impulsos, sino que los derive respecto a su fin. El ideal apela a la renuncia libidinal al tratar de obtener el valor perseguido (la justicia o la fraternidad universal) o mediante la identificación con el líder. Desde aquí el ideal es promotor de la represión mientras que la sublimación es una alternativa a ella.¹⁷

Propongo estos referentes teóricos para pensar el campo de la homofilia en los seminarios. Freud señaló que en los grupos militares y/o religiosos la pulsión homosexual hace de enlace.¹⁸ En estos grupos, que se vinculan desde una relación homofílica, algunos de sus miembros podrán sublimar su pulsión y otros sostener la represión en cuanto haya efervescencia del ideal. Otros más, quizá, no logren ni la sublimación ni la renuncia al impulso por el ideal y naturalmente descarguen su energía en el objeto que esté más a la mano. Cualquiera de estas salidas es posible en cualquier sujeto, así como en los miembros de instituciones homofílicas. Desde el campo descriptivo no habría ninguna dificultad. Ésta aparece cuando frente a la caída del ideal religioso viene el acto sexual; o viceversa, el paso al acto sexual prohibido hace fracasar la idealidad. Ambas situaciones generan un entrapamiento lógico (paradoja moral). Entonces, el sujeto se sentirá doblemente culpable: por no alcanzar el ideal y por realizar actos sexuales que son penados por el discurso oficial de la institución eclesial. La mala conciencia lo llevará a “expiar” mediante sacrificios: excesos de trabajo, rezos o mortificaciones.

17. Sigmund Freud. “Introducción al narcisismo”, en AE, vol. 14, 1989.

18. Sigmund Freud. “El Malestar en la Cultura”, en AE, vol. 21, 1989; “La moral sexual...”, *op. cit.*

Por otro lado, la vivencia de estas prácticas sexuales, no reconocidas, se vuelven todo un reto para lo instituido del grupo. Es decir, si bien en toda grupalidad hay silencios de complicidad para generar los convenidos sociales, cuando éstos son contradictorios con las bases mismas de lo instituido provocan lógicas tóxicas que cuestionan el sentido del instituyente. De tal manera que, dada la negación de las prácticas sexuales en los grupos homofílicos que tienen como ideal el celibato, la relación social del grupo se establece mediante un proceso de simulación, donde se da por sentado que todos son célibes y castos, aunque no sea del todo cierto, o bien porque se tienen prácticas onanistas o sexo entre ellos. Esto pone en tela de juicio el discurso declarativo de la institución.

Como en cualquier juego lingüístico de verdad, el escándalo surge cuando alguno de los participantes apela a develar la simulación. Si los líderes con autoridad en el grupo acallan al sujeto o lo excluyen, trasladan el juego de la simulación al de la represión. Pero si lo convencen para que asuma la simulación como desmentida pasan a la hipocresía y a la impostura. Ya en este momento el engaño y la desestimación de la realidad pueden pervertir moralmente a quien vivió bajo la ley o el ideal.

La perversión se puede entender como el no uso del acto sexual “normal” mediante la penetración vaginal con el sexo opuesto. Esta afirmación pone en cuestión dos aspectos: el tipo de objeto y el lugar de la descarga, y además enfatiza el ideal de la búsqueda de la heterosexualidad.

También se ha entendido la perversión desde la acepción de crueldad. En este caso, un perverso es aquel que tiene voluntad de destrucción, de hacer sufrir al otro; que en el sufrimiento y sometimiento del otro nutre su goce. Las estrategias del perverso pueden ir desde la seducción hasta la violación. Su semblante de presentación es la búsqueda permanente del engaño. El remordimiento no es su lenguaje sino el cinismo y la jactancia, pues presumirá que su goce está por sobre cualquier ley. No ignora lo bueno y lo malo, no le falla el juicio, es quien prefiere lo malo de lo

bueno.¹⁹ Opera de manera imperiosa a la búsqueda del gozar mediante el hacer sufrir, confundiendo y engañando. Desde estos referentes podríamos decir que un sádico es un perverso. Éste es el parroquiano de la pulsión pura que busca la descarga total, sin ningún rodeo; no soporta ni la demora ni el amor. La pederastia, entendida como abuso, violación, coacción o engaño a infantes, cae en el campo de lo perverso. En él no sólo hay búsqueda de placer sexual, sino voluntad de sometimiento vía el engaño o la violencia.

Desde este punto de vista de lo que puede ser un perverso, podemos preguntarnos, ¿cuál es la diferencia entre un acto homosexual y un acto de perversión sexual?²⁰

El acto homosexual puede concebirse como perverso si se piensa que atenta contra el ideal heterosexual de la sociedad. Sin embargo, desde una descripción teórica, se puede ver simplemente como síntoma neurótico, por ser una salida identificatoria inversa, dada la constitución bisexual primaria del sujeto.²¹ Es decir, el paso del Edipo implicó al sujeto una salida negativa; en lugar de tomar al padre como rival lo toma como objeto de deseo y el elemento hostil lo traslada a la madre. Desde aquí sufre por la incapacidad de desligarse de la identificación materna; por lo que su odio a ella es fracasado.²²

19. Un atributo más en la perversión es que se mueve bajo un imperativo de goce frente al cual la voluntad queda de lado. También es importante reconocer que, en su modalidad más cruda, el perverso es aquel que ejerce la crueldad por la crueldad, y como diría Green, es un mal insensato, es ejercer "el mal es sin razón". André Green. "Por qué el mal", en *La nueva Clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

20. Fuera de una perspectiva moralista, con miras de entender el fenómeno, podemos asumir que toda práctica sexual tiene como fuente estados previos de fijación que condicionan su obrar y posicionamiento frente al placer, la ley y el otro.

21. Sigmund Freud, "El yo y el Ello", *op. cit.*

22. David Maldavsky. *El complejo de Edipo positivo: constitución y transformaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.

Para asumir la homosexualidad como síntoma neurótico, es necesario reconocer otro modo de subjetivación sexual en la que, frente al campo de la pulsión, los imperativos sociales tienen un límite en la singularidad. Por otro lado, la perversión, entendida como voluntad que tiene como finalidad el daño, no busca la subjetivación sexual, sino la disolución de toda subjetividad. No pretende la generación del lazo societal vía la búsqueda identificatoria de lo mismo, como en la homosexualidad, sino la fractura de todo lazo.

El homosexual, como el heterosexual, busca la seducción en cuanto que la gloria está en sentirse cautivado o cautivar; el reconocimiento especular implica el lazo narcisista.

Aunque el recurso de la seducción lo usan tanto los neuróticos homosexuales como los perversos, la diferencia radica en que para estos últimos la seducción sólo es un principio para el sometimiento cruel. En el perverso, la seducción no tiene como fin un reconocimiento mutuo de amor narcisista, sino de disolución del yo. Por ello, los encuentros entre los miembros del “fist”²³ (nuevos representantes de Sade) son anónimos, sin rostro, con máscaras, donde el culto por hacerse sufrir es el abismo que disuelve toda subjetividad. Ni qué decir de las prácticas que ha narrado González, respecto al caso Maciel. De ellas podríamos extraer el evento traumático de su violación como inicio violento de su experiencia sexual.²⁴ La reacción frente a tan crudo evento nunca tuvo proceso de coacción. Su negación apelando al silencio y encomendándose a la mujer total, la virgen,²⁵ lo deja sin posibilidad de tramitar lo vivido.

23. Los *chats room* de “fist” son grupos que realizan prácticas sadomasoquistas y que se contactan de manera anónima por la red.

24. Fernando González. *La Iglesia del silencio*, México, Editorial TusQuets, 2009, p. 280.

25. Es importante decir que la desmentida de la mujer castrada es el sustento credencial del perverso. Esto podría ser manifestado secundariamente con la impostura (negación para sí y voluntad de engañar al otro) de que el mundo no es sexuado.

Ese modo particular de resolver el conflicto lo trasladó a la institución de la Legión de Cristo, donde se fueron complejizando los mecanismos de silenciamiento y abuso, y la repetición de lo traumático tuvo una revivencia en la crudeza del acto. Estas prácticas se mantuvieron gracias a la negación y la desmentida como defensas retóricas ante las acusaciones, y a la desestimación de la ley al amparar los actos en su investidura, así como el presupuesto institucional de que los clérigos deben regirse sólo por el derecho canónico y no al mismo tiempo por la legislación secular. Quedó, así pues, en el estado ideal de la perversión: sus actos de abuso y mentiras por sobre la ley.

Para anudar este punto podríamos decir que la perversión y la neurosis son el claroscuro del sujeto; el pederasta es expresión desnuda de la pulsión y tiene como referentes el engaño y la violación, mientras que las conductas homosexuales revisten el deseo en estéticas de seducción.

4. El reto social: reconocer la sexualidad infantil

Con estas diferencias del campo homosexual y perverso, podemos hacernos la pregunta sobre las prácticas sexuales en las que la diferencia de edad ha devenido premisa.

Como ya sabemos por la historia de la sexualidad que nos ha contado Foucault,²⁶ entre otros tantos autores,²⁷ lo que hoy es escándalo respecto al amor entre mancebos y adultos en otras épocas fue un ideal de amor relacional. Para no hacer transposiciones anacrónicas es importante reconocer que esas relaciones estaban regladas y tenían una función

26. Michel Foucault. *Historia de la sexualidad*, op. cit.

27. Como Francisco De la Maza. *La erótica homosexual en Grecia y Roma*, México, Oasis, 1985, y Chimo Fernández. *La otra historia de la sexualidad*, México, Editorial Martínez Roca, 1990.

social. Por ello, es importante reconocer que aun cuando se admitía la relación sexual entre los hombres del mismo sexo en la Grecia clásica o en Roma, la violación era vista como algo que producía un daño que dejaba al sujeto del lado del bestialismo y los defectos congénitos, dicho por Aristóteles, o como productor del deshonor en la cultura romana.²⁸

Actualmente, sería todo un reto moral admitir que los encuentros sexuales entre mujeres u hombres del mismo sexo tendrían que estar regulados por la edad y no por la volición de los implicados. Las pregunta problema es: ¿cuál es la edad en la que el sujeto puede aceptar o no una propuesta sexual? En las respuestas habrá de todo, desde quienes hacen una diferenciación entre niños, púberes, adolescentes y jóvenes adultos hasta la discriminación legal entre niños y adultos (de 18 años en adelante). Es interesante que los sistemas legales actuales busquen rebajar la edad de 18 años para penalizar los delitos cometidos por jóvenes mayores, por ejemplo a 16 años; pero hasta ahora, a estos censuradores, no se les ha ocurrido bajar la edad para dar admisión a la responsabilidad que implica tener prácticas sexuales. Dejar la responsabilidad sólo del lado del adulto es anular la subjetividad del adolescente. Ya se mencionó antes que Freud teorizó alrededor de la sexualidad infantil hace un siglo, sin embargo, aún no se le da cabida a esas contribuciones para pensar seriamente qué toca hacer con ello. ¿Podríamos llegar a imaginarnos una sociedad donde los adolescentes (15 a 18 años) tuvieran, además de una formación escolar, rituales diversos de incorporación a prácticas sexuales socialmente aceptadas?²⁹ Claro, no me refiero a las enseñanzas de anatomía o función orgánica a que se reduce ahora, en la práctica, la educación sexual.

28. Pascal Quignard. *El sexo y el espanto*, Buenos Aires, Cuadernos del Litoral, 1994.

29. Claros intercambios sexuales reglados pero donde no se limitara el intercambio sexual por la equivalencia de edad.

El campo de las prácticas sexuales entre adolescentes y adultos (sean homosexuales o no), al desestimarse o desmentirse queda en la opacidad a modo de una “tara” de la cual no se puede hablar, y además se debe simular, negar o mentir. La dinámica propia de las instituciones totales o cerradas (como el ejército, los seminarios, los tutelares), donde existen las prácticas entre adolescentes o entre éstos y los adultos, revela que el principio problemático radica en negar o desestimar la dimensión sexual. Es decir que, bajo condiciones restrictivas de aislamiento o retiro, los sujetos quedan más susceptibles para someter o ser sometidos a prácticas sexuales, ya que en condiciones ordinarias el impulso sexual puede subsumirse en relaciones sublimadas de ternura o de intereses culturales que ofrece la red social primaria y secundaria.

El discurso de la Iglesia católica enuncia que la homosexualidad son actos “intrínsecamente desordenados” que atentan contra la naturaleza del hombre. Señala que a quienes presentan tendencias a la misma hay que tratarlos con respeto, compasión y delicadeza, llamándolos a vivir el ideal de la castidad.³⁰ En estas ideas del catecismo, el imperativo de la Iglesia implica, primero, una descalificación; segundo, una “consideración generosa” y, finalmente, una prescripción a los homosexuales: vivir el ideal del dominio de sí en una vida heterosexual.³¹

Según las prohibiciones de la tradición sobre los pecados de la carne (*Didajé*, San Bernardo y San Casiano) había tres de los cuales habría que cuidarse, a saber: “el adulterio, la fornicación (relaciones extramaritales) y la corrupción a menores”.³² De estos tres, el discurso de la Iglesia ha

30. Catecismos de la iglesia católica núm. 2357. Disponible en http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s2c2a6_sp.html

31. El maestro Juan Diego Castillo, en sus conferencias “La homosexualidad en algunos textos de la Iglesia Católica”, en el ITESO, en 1995, ha hecho notar el cambio de posición de la Iglesia. En la primera versión del catecismo, referirá que el origen psíquico de la homosexualidad “permanece en gran medida inexplicado”. Ese en “gran medida” implica una desacreditación a diversos saberes que han abordado esta temática.

32. Michel Foucault. “La lucha por la castidad”, *op. cit.*, p. 38.

ponderado e impuesto los dos primeros a la feligresía y sobre el tercero ha guardado silencio.

Desde el punto de vista del funcionamiento psicológico es importante reflexionar lo que sucede cuando en un sujeto y en una institución se acallan ciertas realidades que son parte de la condición humana.

La sexualidad, como cualquier otra actividad humana, se va desarrollando gracias a la experiencia, a las vivencias cotidianas; esto nos regula la manera como afrontamos las cosas y las personas, todo ello atravesado por el lenguaje que es constitutivo y constituyente de lo humano. Si un sujeto acalla la sexualidad utilizando la negación de la misma, con ello no resuelve sino que se priva de la posibilidad de explorar ese campo de la dimensión humana que, en su ejercicio de acercamiento tierno y de prácticas eróticas, le permiten tener conocimiento de sus modos de desear y de gozar lo deseado. Si a la negación del impulso sexual se le agrega la desmentida, con un “sé que tengo sexualidad pero a pesar de ello declaro que no la tengo”, el sujeto genera una situación de autoengaño y de hipocresía hacia los otros. Puesto que el impulso de saber, como el impulso sexual, avanza en la incorporación humana por “ensayo y error”, la privación de la experiencia en la pubertad tiene sus consecuencias.

Si un niño de 12 años entra a una vida donde lo normal es amar a lo igual y la expresión sexual naciente es prohibida, el sujeto queda atrapado en la culpa bajo el régimen del imperativo moral. En esta lógica moral sabemos que a mayor prohibición de un imposible (negación del impulso sexual), el sujeto puede sintomatizar frente al fracaso con una compulsión onanista o sacrificial. Quizá muchos quedan atados en las grupalidades eclesiales, de tal modo que el ideal vocacional ya no los sostiene en la institución, sino el “mea culpa” de tratar de reparar la ofensa sexual frente a ese gran “Otro” (la enseñanza de la Iglesia) como discurso divino. Meter en estas paradojas existenciales a un niño obliga a pensar si el dispositivo mismo no pervierte su iniciación sexual. Muchas de las

prácticas homosexuales de los sacerdotes son propias de lo que Freud llamaría sexualidad pregenital (pulsiones parciales). Éstas van desde el voyerismo, el tocar el miembro del otro subrepticamente, la exhibición o las masturbaciones compartidas. El problema de esto, fuera de una óptica moralista de prohibición, es reconocer que estas parafilias pueden desplazar y sustituir el deseo tierno de estar con alguien y compartir. Así, la abstención como ideal puede derivar en prácticas pregenitales, que lejos de asumirlas como vicio o perversiones (como dice el catecismo), dejan al sujeto vulnerable o lo precipitan a tener un estilo de vida fijado en prácticas sexuales casi infantiles.

Sin pretensión de moralizar o satanizar a las instituciones, es importante reconocer que si bien por necesidades históricas y sociales de conservación la Iglesia privilegió el celibato, viendo los signos de los tiempos uno no deja de preguntarse ¿cuánto más puede conservarse la impostura?

Si comparamos el caso Maciel, el dictado del catecismo sobre la homosexualidad y la condena del subdirector de radio y televisión de la Arquidiócesis Primada de México a Ricky Martin,³³ a quien llamó un anti-ídolo, podríamos pensar, irónicamente, que la Iglesia tiene una doble moral: primero, condena la homosexualidad y encubre la pederastia; segundo, es delatora inmisericorde con los homofílicos externos y es cómplice o al menos acalla sus propias prácticas.

El reto de la sociedad actual y de la jerarquía eclesial es escuchar los signos de los tiempos y dejar de lado los imperativos de estilos de vida del pasado, ahora inoperantes.

33. "Ricky Martin, es un antimodelo para la sociedad", afirma José de Jesús Aguilar, subdirector de radio y televisión de la Arquidiócesis Primada de México. "Se convierte en un antimodelo de valores; de tal forma que podrá ser una persona que cante bien o tenga éxito, pero no se puede decir que sea una persona modelo a seguir". Nínro Ruíz Peña. "Ricky Martin antimodelo de valores que engaña a sus fans", 5 de abril 2010. Disponible en <http://www.noticiacristiana.com/sociedad/moralidad/2010/04/ricky-martin-antimodelo-de-valores-que-engana-a-sus-fans.html>

Abrirse al desarrollo de la humanidad asumiendo al humano como sexuado y sin predeterminación unívoca en el objeto amoroso, podría llevar a desmitificar el niño ángel, el hombre asexuado y el ideal heterosexual.

5. Conclusión

Freud afirmó que la neurosis es el negativo de la perversión, porque las mociones perversas se exteriorizan desde el inconsciente anímico, y porque contienen, en el estado reprimido, las mismas inclinaciones que los perversos positivos.³⁴ Es decir, en todo neurótico habita el impulso perverso y, agreguemos, sus manifestaciones suelen ser más o menos visibles en sintomatologías, mientras que el perverso no sintomatiza, sino que utiliza el engaño como velo para cubrir la crudeza de sus actos.

El caso Maciel puede ser un buen ejemplo de la complejidad del engaño. Este personaje hizo una legión para contraponerla a una orden, una Compañía (la de Jesús) que se pondera como caballería ligera. Si bien pareciera que los términos de caballería y legión apuntan a conceptos militares, el de legión lo hace también a una metáfora evangélica, aquella endemoniada a quien Jesús y sus compañeros se enfrentaron y quien se autodenominó poseída por una Legión (Marcos 5, 1-13).

Si bien el caso de Maciel puede ser un emblema de la complicidad perversa y de manifestar el terror de los actos que los llamados “neuróticos” sólo fantasean, no puede ser tomado como “chivo expiatorio” para endurecer los ideales sexuales de la Iglesia, ni para condenar a la misma como si fuera una institución monolítica. De lo que se trata es de un síntoma de los silencios institucionales, de las estructuras de gobierno y de la incapacidad de transitar de una Iglesia célibe, santa, a una Iglesia

34. Sigmund Freud, “La moral sexual...”, *op. cit.*

profundamente humana. Más allá del amarillismo televisivo sobre estos eventos es importante ponderar los muchos clérigos y hombres de fe que trabajan, cotidianamente, en las misiones, con los desprotegidos o enseñando en escuelas; estos hombres y mujeres que han podido mantener una disciplina regidos por sus ideales, y de quienes poco se habla en los medios de comunicación.

Perseguir ideales divinos es propio de héroes míticos y de dioses; a los humanos sólo nos queda atenernos a la realidad que nos sostiene y desmitificar aquellas creencias infantiles. Sólo atravesando ese umbral, la madurez humana reconocerá un poco más sus alcances y miserias. Jugar a ser divino, lo sabemos por la historia, es jugar a ser inhumano; ¿soportará la Iglesia el reconocer en sus miembros simplemente a humanos muy humanos? o ¿seguirá postulando la santidad como emulación?

Referencia a páginas Web

Catecismos de la iglesia católica. Fecha de consulta, 30 de mayo de 2010. Disponible en http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s2c2a6_sp.html

“Francia critica al Vaticano por relacionar la pedofilia con la homosexualidad”, 14 de abril de 2010. Fecha de consulta, 15 de mayo de 2010. Disponible en http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Francia/critica/Vaticano/relacionar/pedofilia/homosexualidad/elpepusoc/20100414elpepusoc_8/Tes

“Benedicto XVI toma partido por los abusados”, 26 de abril de 2010. Fecha de consulta, 31 de mayo de 2010. Disponible en <http://albertomuller.net/noticias/benedicto-xvi-toma-partido-por-los-abusados/>